


Amanda Claire

# Juegos de Pasión



¿Hasta dónde estás  
dispuesta  
a llegar?

# JUEGOS DE PASIÓN

Amanda Claire

**Sinopsis:**

Muriel es una joven que siempre ha hecho lo que debe. Después de cursar sus estudios en el extranjero, encuentra un trabajo de profesora en su ciudad. Todo es perfecto, hasta que aparece Sam, un profesor de gimnasia atractivo y misterioso que le propondrá un peligroso y oscuro juego de pasión con el que la joven descubrirá una parte de ella que desconocía por completo. Sam enseñará a Muriel a explorar el territorio prohibido del deseo, a ir más allá de sus propios límites y ella le enseñará a él que lo que empieza como un juego de erotismo, adictivo, duro y sin reservas, puede terminar en algo mucho más profundo y verdadero, en un amor que lo cuestionará todo y que les obligará a enfrentarse hasta la última de las verdades.

*Con un lenguaje adulto, sexo explícito de alto voltaje y mucha pasión, Amanda Claire ha conseguido crear una historia de amor y deseo que atrapa desde la primera página.*

© Amanda Claire  
Diciembre 2014  
Todos los derechos reservados.

A ti que me lees:

En primer lugar, gracias por apostar por esta pequeña historia, una ficción erótica escrita con mucha pasión y mucho cariño para ti. Me encantaría que la disfrutaras y que te evadieras con ella, tanto como yo lo he hecho escribiéndola.

Te contaré que me apasiona escribir desde niña, pero que es ahora cuando me he atrevido a publicar algunas de mis historias, las más secretas, porque siento que es justo el momento en el que deben salir a la luz.

He empezado con la historia de Muriel y Sam porque son muy especiales para mí. Son la primera pareja con la que empecé a adentrarme en el territorio de la ficción erótica y no puedes imaginar lo que significan para mí.

Esta historia además, la escribí en un momento difícil, uno de esos en los que crees que ya todo solo puede ir a peor, en los que no encuentras ni una pequeña ventana por donde entre un rayo de esperanza.

Una de esas noches, en que tenía el corazón encogido por la pena, aparecieron Muriel y Sam en mi mente con una historia muy potente que contar. Hasta entonces, había escrito mucho, pero jamás una ficción erótica, por eso no les presté demasiada atención, a pesar de que la historia pudiera parecerme fascinante.

Seguí con mis asuntos, pero Muriel y Sam no se rendían. Una y otra vez, esta pareja asaltaba mi mente, azuzándome para que contara su historia. Desde luego que tanta insistencia me resultaba desquiciante, pero una noche en que la tristeza estaba haciendo nido en mi corazón dije ¿por qué no?

Y me puse a escribir y a escribir, hasta que redacté el primer borrador. Luego, escribí otros cuatro más, hasta que me di por satisfecha con la novela que tienes en tus manos. *Juegos de pasión* ya estaba escrita y había hecho por mí algo maravilloso, porque cuando puse fin a la historia, empecé a sentir dentro de mí algo que hacía tiempo que no sentía: confianza.

Una confianza que me ha dado valor para hacer frente a mi realidad y que me ha ayudado a descubrir que soy mucho más fuerte de lo que pensaba.

En fin, que estoy tan feliz de compartir este pequeño secreto de mi corazón contigo que ya solo me queda desear que esta historia que tienes en tus manos te conquiste, te enamore y te robe unos cuantos suspiros de emoción intensa y verdadera.

Siempre hago lo que debo, siempre lo he hecho pero hoy no puedo dejar de mirar por la ventana del aula donde imparto clases, para ver a ese hombre extraño y duro haciendo flexiones bajo un solo tibio. No hago otra cosa que desear estar debajo de su cuerpo y que me posea de forma furiosa, salvaje, que no deje de mí ni mi recuerdo. Y más ahora que ha empezado a sudar la camiseta y la musculatura se marca suave, en los lugares precisos que me gustaría recorrer con mi lengua.

¿Qué me está pasando? ¿Por qué este hombre causa este efecto en mí?

Sam, siempre Sam.

Acabé la carrera en junio y he tenido la suerte de encontrar un trabajo de profesora de Lengua y Literatura en un colegio privado a cuarenta kilómetros de mi ciudad. Todo sería perfecto si no fuera por ese hombre que está ahí fuera, en el patio, torturándome con su poderosa presencia, mientras con suma exigencia trabaja todos y cada uno de sus músculos.

Sam es el profesor de gimnasia, desde el primer día en que me lo presentó Cecilia, la directora del colegio, no hemos vuelto a cruzar una palabra y eso que coincidimos en todas partes, incluso desayunamos en la misma sala a la hora del recreo, si bien lo único que hemos intercambiado son miradas que me estremecen hasta el punto de que no dejo de preguntarme por qué estoy sintiendo esto.

Nunca nadie me alteró de esta forma. Tampoco es que tenga mucha experiencia en el terreno amoroso, más bien ninguna. Me he pasado la vida estudiando en un internado de chicas en Francia y los veraneos los aprovechaba para estar con papá, para recuperar todo el tiempo perdido durante el año escolar de no poder estar juntos, de no compartir conversaciones y risas. Luego, cursé la carrera en Suiza, estudié muchísimo, también tuve tiempo de hacer amigos y salir de vez en cuando, pero no pasó nada más. Poca cosa. He besado a unos cuantos chicos, hemos intercambiado caricias furtivas y me he negado a ir más allá. El

sexo es algo demasiado íntimo y demasiado complicado para mí, o eso pensaba porque ahora que Sam está en el patio, no puedo dejar de pensar en que me gustaría sentir su lengua sobre mi piel, sus labios sobre mis pezones endurecidos, sus dedos dentro mi sexo humedecido y su miembro duro en mi boca.

Me estoy volviendo loca. Apenas ha comenzado el curso escolar y mi mente me está jugando estas malas pasadas. No puedo permitirlo. Tengo que centrarme en lo que estoy, así que bajo la persiana para evitar tentaciones y me concentro en mi clase, mis alumnos están terminando un ejercicio de literatura, y a mi trabajo me debo. Estoy aquí para impartir clases y no debo hacer otra cosa más que eso. Tengo que hacer que mis alumnos se apasionen con la asignatura tanto como yo, que aprendan mucho y que se atrevan incluso a tener sus propios sueños. Quién sabe si no habrá un poeta o un novelista entre mis alumnos, quién sabe si no estarán ahora inventando versos, como yo estoy inventando caricias prohibidas para Sam.

Sam. Otra vez Sam. No puede ser. Así que les indico a mis alumnos que el tiempo de resolver el ejercicio ha terminado, aunque les he arrebatado ocho minutos, y me concentro en la corrección con todas mis fuerzas.

A duras penas lo consigo, incluso casi ni pienso en él durante las dos clases que tengo después, pero nada más llegar a casa me meto en la ducha porque necesito sentir con urgencia una caricia sobre mi piel, aunque sea la del agua.

Necesito una caricia caliente, húmeda, a veces delicada, a veces salvaje. Invasiva y brutal. Dulce y melosa. Pero caricias y muchas. Todas, hasta que mi cuerpo grite de placer, se rompa y grite estremecido.

Sin embargo, Sam no está. Solo el agua resbala por mi pelo, por mis labios, por mi cuello, por mis pechos que endurezco apretándolos con mis dedos, como me gustaría que hiciera Sam con su boca, por mi vientre, por mi pubis, por mis piernas...



Deslizo mis manos hasta mi vientre y luego las dejo reposar en mi pubis, justo en el lugar donde me gustaría que estuviera Sam, devorándome.

¿Cómo un hombre puede estar provocándome esto?

Es como si mi cuerpo estuviera despertando al deseo, un deseo que me está devorando y que hace que des-cuelgue el teléfono de la ducha y lo enchufe contra mi sexo. Jamás he hecho esto, hasta antes de conocer a Sam, no solía masturbarme demasiado, de tanto en tanto y siempre antes de dormirme y para conciliar el sueño. Lo tomaba como una forma de relajarme como otra cualquiera, pero en ningún caso una masturbación provocada por un deseo voraz como el que ahora hace que esté, con el teléfono de la ducha, echando agua sobre mi clítoris, mientras deseo mucho, mucho más.

Porque siento tal vacío por dentro, que necesito llenarlo como sea. Es una locura y no puedo pararla. Es imposible arrancar de mi interior este deseo de ser llenada por dentro, mi cuerpo clama por algo que tengo que saciar. Y voy a hacerlo. Dejo el teléfono de la ducha en su sitio y después, cojo un cepillo que tengo dentro de un bote azul, un cepillo de mango redondo y suave, que no es muy ancho, pero lo suficiente para que, cuando lo coloque en la entrada de mi vagina, me provoque un dolor tal que me haga gemir de pena porque no sea el miembro de Sam, el que esté abriéndome de esa forma.

Soy virgen, mi sexo es estrecho, apenas está cediendo ante la pequeña invasión. Y es que siempre que me masturbo lo hago tocándome el clítoris, rara vez exploro mi interior y nunca nadie penetró en mí ni siquiera con sus dedos, tampoco uso tampones, así que es normal que las paredes de mi vagina estén casi pegadas. Además solo deseo que se abran para Sam, que sea él el que las atraviese y me rasgue por completo, que lo haga lento y profundo, aunque me duela, como ahora me está doliendo este cepillo que introduzco un poco más y más... mucho más ahora que pienso que es la polla de Sam, dura, grande, mucho

más gruesa que este cepillo que por fin ya tengo insertado hasta el fondo.

Levanto la cara contra el agua que de nuevo cae sobre mi rostro y sofoco el gemido que me provoca sentir el mango del cepillo dentro de mí. Lo sostengo con ambas manos y comienzo a sacarlo y meterlo, suave y despacio, como quisiera que lo hiciera Sam.

Es tan bueno. Gotas de agua se deslizan por mis pezones que siento más duros que nunca, mi clítoris también esta hinchado y mi cuerpo pide más. Necesito ser más llena, esta vez es mi ano el que clama y ya sí que no entiendo nada.

Nunca he sentido la necesidad de explorar esa parte de mi anatomía, pero ahora siento que necesito sentir ahí también esta fuerza, esta sensación... y sin pensarlo mucho más, cojo un pequeño cepillo de mango muy estrecho que tengo en el bote, y lo coloco sobre mi ano, mientras que con la otra mano sostengo el cepillo más grueso que está abriendo mi vagina estrecha.

Esto es nuevo tan nuevo para mí que siento hasta un ligero mareo, pero pienso seguir hasta el final. Quiero explorar. Quiero conocer. Quiero ir más allá. Sitúo el mango del cepillito sobre mi ano y presiono. Entra un poco y duele. Soy tan estrecha que ¿querrá Sam estar con alguien como yo?

Alguien tan bello y tan perfecto seguro que ha estado con cientos de mujeres de cuerpos complacientes, abiertos al placer, dilatados, entregados, generosos, no este ano mío que apenas se abre, ni esta vagina que noto tan tensada, a pesar de que no es mucho el grosor del mango del cepillo por el que estoy siendo penetrada.

Quiero darle a Sam todo, pero mi cuerpo es tan estrecho. Oh Sam ¿aceptarías esto que por ahora puedo darte? Prometo que me abriré para ti, que te lo daré todo, como ahora se está abriendo por fin mi ano y el cepillo empieza entrar dentro de mí. Despacio pero implacable, lo introduzco poco a poco, centímetro a mí, en lo más profundo

de mi intimidad secreta, donde algún día me gustaría que estuviera alojada la polla grande y dura de Sam.

Duele. El mango del pequeño cepillo está ya en mi interior y siento que mi cuerpo así penetrado por primera vez despierta de un largo letargo. El agua de la ducha sigue cayendo sobre mi rostro, mientras los dedos de la mano que sostiene el cepillo más grueso se posan sobre mi clítoris, lo acarician como me gustaría que lo hiciera la lengua de Sam, precisos y contundentes, y entonces, un orgasmo me arrebató, me estremece, me hace gritar de deseo, mientras el agua sigue cayendo sobre mi rostro y yo, entre gemidos entrecortados, paso la lengua sobre mis labios, imaginando que en vez de agua es el semen caliente y salado de Sam.

Sam, Sam, Sam. ¿Qué me estás haciendo?

2.

Seco mi piel repleta de gotitas de agua con el albornoz blanco y esponjoso y aparto un poco el vaho del espejo para contemplar mi rostro. La Muriel que me mira no sé quién es. Hay un brillo nuevo en mi mirada, mis labios son más turgentes, mi rostro está más relajado y casi diría que es otro, ahora veo a una mujer diferente, que por primera vez en su vida desea con mayúsculas.

Retiro un poco más de vaho para contemplar mi cuerpo. Desabrocho el albornoz y miro mis senos que noto más redondos, más duros, más hermosos, mi vientre expectante, ansioso de ser colmado y mi pubis que oculta secretos nuevos.

Y otra vez, el vaho oculta mi presencia y yo lo tomo como una señal. Debo dejar de mirarme y continuar con las rutinas de mi vida. Mi padre y Helena seguramente estarán a punto de cenar y no quiero hacerles esperar.

Me seco el pelo como cada noche, me visto con ropa cómoda y acudo a la cocina donde Micaela, que lleva toda la vida trabajando en la casa de mi padre y que es como una madre para mí, está terminando de preparar la cena.

—Niña Muriel te voy a dar un disgusto, pero esta noche tienes espárragos —me dice Micaela, sonriéndome dulcemente.

—Esta noche estoy feliz, Micaela. Puedes ponerme lo quieras —replico con un profundo suspiro.

—¿Y a qué se debe tanto suspiro?

—Estoy feliz. Estoy en casa. Tengo un trabajo maravilloso. No puedo pedir más.

—Un novio. Con un novio tendrías el *pack* completo de la felicidad —señala Micaela risueña.

—Bueno...

—¿Bueno? ¿Hay algún joven que te haga tilín? Cuenta, cuenta... —Micaela se limpia las manos en un paño de cocina y luego me mira curiosa, mientras terminan de hacerse los espárragos en la plancha.

—Podría ser... —Y no puedo evitar que se me escape un sonrisita.

—Pero qué pillina. ¿Quién es? ¿Alguien del trabajo?

—Preguntas demasiado, Micaela. Todavía no hay nada. Cuando lo haya, si lo hay, te lo contaré.

—Más te vale, criatura. Mira que dejarme en ascuas...

—Si es que no hay nada aún, Micaela. Venga que te dé un beso...

Doy un fuerte beso a Micaela en la mejilla y ella me dice entre risitas:

—Estás tú muy contenta. No me creo que todavía no haya pasado nada con ese joven.

—Que no. Créeme.

Cojo un trocito de jamón serrano que Micaela está a punto de echar sobre los espárragos y me lo meto rápido en la boca, antes de que ella pueda regañarme.

—¿Ya me estás robando comida? ¡Sabes que eso me desespera! ¡Anda para la mesa que en cuatro minutos sirvo la cena!

Obedezco muerta de risa y aparezco en el comedor donde mi padre está sentado con Helena, viendo el tele-diario y comentándolo como cada noche.

Helena es la segunda esposa de mi padre. Mi madre murió cuando yo tenía tres años, lo único que recuerdo de ella es una sonrisa en un parque. Yo estoy sentada sobre los muslos de mi madre y ella me sonríe mientras susurra: Mi Muriel. No tengo más recuerdo que ese, mi madre murió de una terrible enfermedad repentina que se la llevó en dos meses y mi padre, según me contó Micaela, porque yo tampoco lo recuerdo, cayó en una profunda depresión de la que le sacó Helena, una abogada prestigiosa que mi padre conocía de su trabajo en el juzgado. Mi padre es juez, está siempre muy atareado, tal vez por eso, desde que cumplí seis años, me llevó a un internado en Francia y luego cursé la carrera también en el extranjero.

Ahora que terminé mis estudios y que he tenido la fortuna de encontrar un empleo cerca de casa, aun cuan-

do todos los días deba conducir casi una hora hasta mi lugar de trabajo, por fin puedo vivir con papá como siempre he querido y disfrutar a diario de su presencia, a pesar de que a Helena no parezca gustarle mucho la idea.

Helena es mujer alta, delgada, elegante, de facciones duras y semblante serio. Micaela dice que solo alguien con un carácter férreo y tenaz como el suyo pudo sacar a papá del hoyo en el que se encontraba. Yo me alegro de lo que hizo por él, de que volviera a hacerle sonreír y de que tenga una compañera de vida con la que compartir lo bueno y lo malo.

Sin embargo, yo con Helena solo tengo una relación cordial, educada y poco más, porque para mí ella es casi una desconocida. Nunca hemos tenido una conversación realmente profunda y las veces que he intentado acercarme a ella, de ir un poco más, de conocernos más a fondo, ha preferido evitarlo zafándose con evasivas. Nunca me lo ha dicho a las claras, pero con sus hechos me ha dado siempre a entender que solo es la esposa de mi padre y nada más, que jamás será nada mío, ni siquiera una amiga.

Al principio me dolía. Cuando veraneábamos juntos y yo buscaba sus besos y sus abrazos, si bien luego acababa refugiándome en Micaela y se me terminaba pasando. Además, tenía lo más importante, el cariño de papá, a su manera, pero su cariño. Y es que papá no es un hombre extrovertido ni cariñoso, le cuesta mostrar sus afectos, mas sé que me quiere con toda su alma, y sé que siempre está ahí para escucharme y darme un consejo oportuno. Así que no puedo pedir más...

—¿Qué tal todo en el trabajo, Muriel? —me pregunta mi padre en cuanto me siento en la mesa.

—Bien. Estoy encantada.

—Me alegro de que no hayas tenido ningún problema de adaptación. Empezar un nuevo trabajo siempre es complicado —dice Helena mientras se coloca la servilleta sobre los muslos.

—Hay un ambiente de trabajo muy bueno, la directora es muy agradable y los compañeros son muy abier-

tos...

Todos menos uno, pero eso a Helena no le importa.

—Y ¿no preferirías un trabajo en Suiza o en Francia donde has estado toda la vida y donde tienes amigos? —sugiere Helena, ajustándose una de las perlas que siempre suele llevar.

—Quiero estar donde estoy. En mi país, en mi casa, con las personas que quiero —hablo mirando a mi padre con una sonrisa.

—Pero fuera ganarías más dinero y aprenderías más. En la cómoda burbuja familiar no se crece —objeta Helena, mordiéndose el labio.

—Muriel lleva demasiado tiempo fuera de casa —interviene mi padre—. Ya es hora de que esté con nosotros, antes de que venga el hombre que me la arrebate para siempre.

—Papá no seas trágico.

—Es un poco trágico, pero tu padre tiene razón. Muriel ya tienes una edad, deberías de tener un novio, para terminar de madurar como mujer y como ser humano.

—Pero si es una niña... —apunta mi padre encogiéndose de hombros.

—Que ha terminado sus estudios y ha encontrado un trabajo con el que se siente realizada. Está en la edad perfecta de encontrar una pareja y volar a su nuevo nido. ¿No lo crees así, Muriel? —me pregunta Helena arqueando una ceja.

—¡Pero si nunca ha tenido novio! —interrumpe papá.

—Pues yo creo que va siendo hora de que lo tenga. Deberías salir más, Muriel. No es sano que te pases los fines de semana en tu habitación. Tengo amigas con hijos estupendos de tu edad, voy a organizar una fiesta el sábado para que los conozcas.

¿Hijos estupendos? A saber a qué llamaba Helena "estupendo", seguro que a chicos estirados y repelentes con los que no tengo nada que ver. Qué horror.

—Helena te lo agradezco, pero no tengo ganas. Además, estoy haciendo nuevos amigos en el trabajo... So-